

...« El poeta verdadero siempre es feliz ». — Sí; es feliz porque viviendo en el mundo luminoso de sus visiones desconoce la vulgaridad del mundo exterior; — es feliz porque se crea un universo nuevo de ensueños y de imágenes; — es feliz porque puede decirse á sí mismo las célebres palabras de Saint Paul-Roux el Magnífico; « soy un Dios, soy un poeta. Concibo un mundo que es el elixir de la vida inicial y que se confunde con las horas corporales; pero como este mundo es propiedad de todos en la abstracción de la existencia, me formo otro que es mejor, que nace de mi espíritu, y que es hijo del Deseo y de la Belleza... Y mi florecimiento se mide con mi genio para adorar ó enmendar el florecimiento de la obra de la naturaleza ».

Así, pues, en vez de llorar aún las miserias vulgares y las tristezas pasajeras del gran poeta que acaba de morir, cantemos la gloria de su genio. Fué un poeta y fué feliz á pesar de su desgracia!

UNA VISITA A EMILIO ZOLA

UNA VISITA A EMILIO ZOLA ¹

LA LITERATURA ESPAÑOLA. — EL NATURALISMO. — GUI DE MAUPASSANT. — DIGRESIÓN ENTUSIASTA. — EL PARVENIR DEL NATURALISMO. — LA FIGURA DE ZOLA.

Esa tarde el maestro estaba de buen humor. Al hablar sonreía. Y los surcos profundos de sus arrugas, contraíanse á cada instante dando á su rostro un aspecto de máscara japonesa.

— ¿Usted es español? — me preguntó. Y sin esperar mi respuesta, siguió diciendo:

¡España, sí, un hermoso país latino!... Yo conozco á la señora Pardo Bazán, que ha escrito un

1. Este artículo ha sido juzgado de diferentes maneras por la prensa: en Francia fué traducido y publicado en el *Gil Blas* con una advertencia en que Mr. Jean de Gourc lo calificaba de « perla literaria »; el *New York Herald* lo publicó también, traducido al inglés. Pero al mismo tiempo algunos diarios de España y América hablaron de él en términos poco halagüeños para mi vanidad de escritor, y sobre todo, para mi honradez literaria, asegurando que las frases de Zola relativas á la literatura española eran apócrifas... Nadie es profeta en su tierra... diría Rubén Darío!

bello libro sobre Goncourt, sobre Daudet, sobre Flaubert, sobre todos mis amigos... Y á Galdós... sí, Galdós, que es un novelista de Madrid... También tengo un amigo en Barcelona que posee un gran talento: Oller. Yo le puse un prologuillo á su *Mariposa*. Usted ha leído ese libro, ¿no es cierto?... ¡Es un hermoso libro!... Pero, en realidad, sé poco de letras castellanas... ¡Es tan difícil saberlo todo!

Creo, sin embargo, que en Madrid me conocen bastante y me quieren bien. Savine me ha enseñado muchos libros españoles en los cuales se habla de mí. Por algunos de ellos he visto que sus compatriotas de usted son lo mismo que mis compatriotas. Al principio me atacaron con verdadera furia en nombre de la moral y de los buenos principios, mas por fin han llegado á comprender que yo no soy sino un obrero del arte, un simple obrero infatigable y me han hecho justicia. Clarín es uno de los críticos que mejor me han estudiado en Europa¹. Los traductores españoles también han sido muy amables conmigo, muy amables. Me acuerdo de haber visto, hace veinte años, cuando aun mis libros eran tan poco conocidos en Francia, una traducción castellana de cierta novela mía. En el fondo, yo no tengo

1. He aquí la frase literal de Zola: *Savine m'a aussi parlé de votre Clarín... mais il paraît que c'est un des critiques qui nous ont le mieux étudié en Europe!*

ninguna queja contra ustedes... ni contra los italianos... Todos los países latinos han sabido considerarme como un trabajador sincero. Y eso me basta...

*
**

— No sólo como trabajador, maestro, sino también como Pontífice...

Zola me interrumpió bruscamente.

— ¡Pontífice? ¿y de qué?

— De la capilla naturalista...

— No, no. Esas son invenciones de los periódicos y nada más. Los naturalistas de hoy no tienen jefe alguno. En otro tiempo yo fui, sin duda, el portaestandarte de la escuela, porque supe decir en voz alta lo que mis amigos murmuraban, pero después de ganar la gran batalla, he recobrado mi puesto de sargento. Cuando salieron á luz mis obras críticas, todos se figuraron que las teorías expuestas en ellas eran reglas originales que yo trataba de imponer á mis compañeros; mas, en realidad, no eran sino un resumen de las conversaciones que yo tuve al principio con varios de mis amigos. Flaubert y Goncourt son mis maestros; Daudet es mi hermano. Nosotros cuatro formábamos, en 1860, un grupo al cual vinieron después á unirse varios jóvenes, como

Alexis, como Ceard, como Hennique, como el pobre Maupassant.

* *

La ocasión me pareció propicia para pedir al maestro algunos datos sobre el ilustre novelista que acababa justamente de morir. Zola no se hizo de rogar :

« Maupassant — me dijo — era un hombre encantador. Cuando yo le conocí no tenía sino unos veinte años de edad y ya Flaubert le admiraba paternalmente. Después comenzó á venir á verme con frecuencia, en compañía de Alexis y de Huismans, pero como casi nunca decía una palabra, yo llegué á creer, viéndole siempre silencioso, que su talento era una simple invención de mis amigos. Así, al leer su novela intitulada *Boule de Suif*, no pude menos de preguntarme : « ¿Se la habrá escrito Flaubert?... » Sus demás obras me probaron que no. En pocos años, efectivamente, produjo mucho ; mucho bueno ; mucho admirable. Yo le tengo por uno de los más robustos escritores franceses de este siglo. Su estilo sencillo, claro y preciso, me encanta. Eú todas sus grandes novelas hay páginas verdaderamente asombrosas ; pero yo gusto más de sus cuentos breves, algunos de los cuales son puras

obras maestras... ¡ Pobre Maupassant ! ¡ Tan bueno... ! ¡ tan sobrio !

— Sin embargo, los periodistas de París han dicho últimamente que su locura provino de ciertos excesos.

— ¡ Ah, no ! ¡ no es verdad ! El heredó fatalmente la locura como otros heredan la tisis. Entre sus ascendientes ha habido varias personas que murieron en el manicomio. Yo había previsto la desgracia, desde que, hace algunos años, su cerebro comenzó á desequilibrarse visiblemente.

* *

Un criado entró en la habitación trayendo una carta. Zola la leyó rápidamente, y luego me dijo :

— Perdone usted que le abandone un momento, pero tengo que contestar dos palabras á un amigo.

Mientras el maestro escribía, yo pensaba :

« Así, pues, según la opinión general, éste es el poeta, el bravo poeta, el poeta épico de nuestro siglo. Sus novelas son epopeyas de la vida moderna ; su nombre suena en muchos millones de oídos como un canto de guerra y de victoria. Cuando él habla, todo el universo se descubre y oye. Nadie le discute ya, porque todos le admiran y porque aun los que

odian su sistema, se inclinan ante su genio. Dentro de mil años nuestro mundo dirá tal vez : « El siglo de Zola », como nosotros decimos hoy : « El siglo de Augusto ». La generación de nuestros padres leyó sus obras con espanto ; nosotros las leemos con entusiasmo ; nuestros hijos las leerán con respeto. — Los historiadores del porvenir han de considerar sus *Rougon Macquart* como la más pura fuente de datos exactos sobre las costumbres de esta época. Algunas personas serias me han dicho, sin embargo, que los trabajadores de *Germinal* no son enteramente parecidos á los verdaderos trabajadores, y que los campesinos de *La Terre* tienen pocos puntos de contacto con los campesinos de carne y hueso.

Yo no lo sé, mas tampoco lo creo. La impresión que las páginas de Zola han producido en el alma contemporánea es tan profunda, que ni la realidad misma podría borrarla. Los modelos no son sino meros pretextos. El artista se sirve de ellos, pero no los copia. Si los copiase dejaría de ser artista para convertirse en máquina fotográfica. Decir en tono de censura que el abate Mauret no es igual á los curas de las parroquias, es como quejarse de que la *Diana* de Falguière se parezca poco á Sarah Broun. Ariel ha dicho que los paisajes son un estado de alma ; Claude Monet probó con sus « Meules » que el mundo exterior varía á cada instante, y Zola ha

respondido de antemano á todos sus detractores, escribiendo esta frase que es una de las pocas verdades verdaderas de que dispone la filosofía literaria : « Una obra es la naturaleza vista á través de un temperamento... » Sí ; y por eso las novelas de Zola son grandes, épicas, nerviosas. Entre las páginas de sus libros, las multitudes se mueven convulsivamente y al pasar rompen los empedrados ; las locomotoras se convierten en símbolos y arrastran el gran carro del progreso ; las muchachas pobres se desnudan y cuentan con su carne la leyenda dolorosa de los cuerpos jóvenes ; los artistas se desesperan, y, antes de concluir sus cuadros, se ahorcan... Leyendo los *Rougon Macquart* se ve perfectamente el desequilibrio de nuestro siglo... Como artista Zola es odioso : pero, ¡ es tan grande como creador !... »

*
* *

El maestro acabó al fin de escribir y volvió á sentarse á mi lado, diciendo :

— Un joven escritor me pedía algunos datos sobre el naturalismo para una conferencia que debe pronunciar esta misma noche, de modo que era necesario responder en el acto.

— ¡ El naturalismo ! Pero, ¿ y no ha muerto aún ?

M. de Goncourt dice que sí, lo mismo que mis amigos del barrio latino...

— Goncourt lo dice en un sentido muy relativo. Yo creo, en realidad, que el movimiento que nació con Balzac muere con nosotros después de haber vivido honradamente más de medio siglo, pero eso no quiere decir que el mundo haya renunciado por completo á buscar la Verdad. Un hombre de genio puede hacer que durante quince ó veinte años triunfe una tendencia de arte nueva, porque en el país de las letras nada es eterno; mas cuando el entusiasmo de las primeras victorias se entibie, nuestra influencia volverá á hacerse sentir. Nosotros hemos trabajado con verdadera pasión y nuestra obra es considerable. La obra de los que quieren reemplazarnos, en cambio, casi es ridícula. Sin duda ninguna Mallarmé y Verlaine son dos grandes poetas, dos poetas geniales y nobles, que pertenecen al mismo grupo y que, si no pueden conquistar todo el país del arte, al menos lograrán tomar valientemente la torre de marfil de la poesía...

Pero eso no es suficiente... Hacen falta, además, prosadores, novelistas, críticos, dramaturgos. Querer prescindir de la novela es una locura que sólo puede ocurrirseles á los niños de simbolismo... La novela es la forma más amplia, más fuerte y más cómoda de la retórica moderna. Ella ha sustituido al poema

épico, y ninguna otra composición podrá destronarla por ahora. El que quiere ser popular, tiene que recurrir á ella; el que quiere ganar dinero, tiene que recurrir á ella; el que quiere hacer una propaganda sólida, tiene que recurrir á ella; el que quiere dejar una herencia durable, tiene que recurrir á ella... La poesía es muy grande y muy exquisita, pero generalmente el público lee pocos versos.

Así, pues, lo que la juventud debe tratar hoy de producir, es un gran novelista. Según mi opinión, el porvenir pertenece al que sepa compendiar el alma moderna en trescientas páginas.

Para ser el Balzac del siglo xx, será necesario poseer un pincel muy grande, muy complejo y muy fiel... Yo creo, por fin, en el próximo advenimiento de una era que ha de llamarse « el clasicismo del naturalismo »... Si acaso tengo tiempo, yo mismo trataré de iniciar esa era... ¡Pero qué demonio! uno no puede hacerlo todo. La vida es corta, muy corta, y cada libro representa muchas horas de trabajo, muchos meses de preparación... ¡Disponer de cincuenta años más de actividad, es imposible!... Sin embargo, aún estoy seguro de ver pasar bajo mis balcones á los miembros de varias escuelas literarias que vendrán de sus provincias con objeto de regenerar las letras francesas y que tendrán que contentarse con ser escribientes de la Prefectura ó noticie-

ros del *Figaro*... Si entre ellos hay alguno verdaderamente vigoroso que pueda agarrarme por el cuello y estrangularme gallardamente, moriré, como los gladiadores romanos, diciéndole: « *Cæsar, morituri te salutant.* » Pero es difícil. Yo estoy aún bastante fuerte y los jóvenes casi nunca tienen las muñecas que para desjarretar leones verdaderos son necesarias. Ya verá usted, amigo mío cómo el naturalismo no desaparece por completo antes de que muramos nosotros tres: Goncourt, Daudet y yo... ¡Ah, y, lo que soy yo, aún no tengo grandes deseos de morir!...

*
* *

El maestro hablaba rápidamente. Al fijarme en sus ademanes bruscos, en su actitud elegante y en su mirada severa, la multitud de imágenes suyas que había visto en mi niñez aparecía de nuevo ante los ojos de mi memoria. Y yo me sublevaba entonces contra la poca habilidad de los pintores que, queriendo hacer su retrato, habían hecho su caricatura. En realidad, Emilio Zola no tiene nada del Buey simbólico. Fuerte, delgado y nervioso, mejor que un buey parece un toro. Balzac fué un toro también, un toro viejo. Emilio Zola es el Toro joven.

UNA VISITA Á JULES BOIS

UNA VISITA A JULES BOIS

ENSUEÑOS SACRÍLEGOS. — EL SATANISMO Y LA MAGIA. — LA FIGURA DE JULES BOIS. — LA MUJER. — EL CULTO DE LUCIFER. — EL APÓSTOL. — LA SUPREMA DESILUSIÓN.

Es el más joven entre los apóstoles parisienses. También es el más delicado y el más agradable.

Los que llaman á Musset « la señorita Byron » y á Barrés « la señorita Renán », le bautizarán algún día con el nombre de « señorita Huysmans ».

Por ahora todo el mundo le llama « el cristo de las cervecerías ».

* * *

¿Cristo?... Tal vez... Pero en todo caso un cristo de decadencia, un cristo á la Baudelaire, un cristo algo diabólico y demasiado orgulloso; un cristo que después de haber cantado la gloria del Muy Alto, se

dirige al Muy Bajo, y exclama: « Tú, duda y rebelión; tú, sofisma é impotencia; tú, desesperanza, vives en nosotros y alrededor de nosotros de modo tan real como durante los siglos oscuros de la Edad Media, siglos en los cuales reinaste, lleno de torturas, como un mártir obscuro, llevándolo en la siniestra un llingan ensangrentado. ¡Oh, Satanás! Yo he roto tu máscara de golosa voluptuosidad, y he visto tu faz cubierta de lágrimas, bella como un rencor eterno y vencido. ¡Oh, Satán, santo é impío, símbolo del universo degenerado, tú que sabes y que sufres, conviértete, obedeciendo al verbo de las divinas promesas, en el genio propiciatorio de las expiaciones! »

Leyendo los primeros capítulos del *Satanismo y la Magia*, he pensado en un nuevo Mesías, en un Paracleto ardiente y dulce que viniese á completar la obra de Nuestro Señor Jesucristo; y que, no contento con redimir á la humanidad de un pecado fantástico como el pecado original, emplease su Poder divino y su divina Meditación en perdonarnos todo lo que hubiésemos hecho hasta entonces, en devolver la alegría á los condenados, en redimir á los que murieron sin conocer á Dios; que viniese en fin, para preparar una nueva era de fe triunfante... Y luego, leyendo otros libros modernos, casi he creído verle — á ese Paracleto todopoderoso y todo comprensivo —

perdonando definitivamente á los que pecaron por ignorancia como si no hubiesen pecado, y á los que pecaron por falta de energía como si se hubiesen arrepentido. Y en esos momentos de soñaciones bondadosas é inconscientemente sacrílegas, la Obra del neo-misticismo contemporáneo, que lo perdona todo porque lo comprende todo, me ha aparecido como la más santa de las teorías, como la única doctrina que ve en Dios á un ser sobrenatural que indica el camino del Bien, que aconseja la Santidad y que prohíbe el Pecado, pero que, aun encontrándonos extraviados ó perdidos, nos perdona al vernos tan débiles en nuestra Carne, tan solos en nuestro Mundo, tan tristes en nuestras Almas!

* * *

« J'ai rêvé cet orgueil si grand et si profond
De pleurer les péchés du monde,
Avec des yeux aussi simples que l'onde,
Avec un cœur, avec un front
Veufs de faconde,
De les pleurer jusqu'à rédemption. »

En Jules Bois la idea de ser ó parecer un cristo moderno y mundano de la religión del Sufrimiento Universal, ha llegado á convertirse en una segunda

naturaleza y ha influido, no sólo en sus ideas amplias y melancólicas, en su estilo pomposo y exquisito, en su vida casta y oscura, sino también en su aspecto físico y hasta en su modo de vestir. La palidez morena del rostro, los grandes ojos tristes que apenas se entreabren y que parecen acariciar con la mirada, los labios siempre sonrientes, la barba negra, la manera de levantar el índice con el gesto hierático de las imágenes góticas, la gran hopalanda de púrpura oscura, la melodía apagada y austera de la voz, todo, en su persona, contribuye á acentuar y á completar la idea que de él nos formamos al leer sus obras.

Para verle de nuevo tal como me apareció hace tiempo en su casita de Montmartre, no tengo más que cerrar los ojos. La ilusión es completa. — Allí está, recostado en una inmensa butaca antigua, hablándome lentamente, como si tratase de convertirme á su religión... ¿De qué me habla?... De la magia, de Dios, de la mujer de la poesía, del teatro de la mujer — y de la magia sobre todo. — La mujer, me dice, es el más puro elemento de belleza y de fe que el mundo tiene. Los que la atacan en nombre de la castidad, es porque son espíritus groseros que sólo se fijan en el hombre. ¿Que la mujer es un peligro para la santidad del hombre? Sin duda; pero, ¿acáso el hombre no es también un peligro para la santidad de la mu-

jer? Además la mujer es un apoyo sentimental; con ella se puede hablar de mil cosas sobrenaturales que hacen sonreír al hombre; ella es la que mejor sabe llorar y la que más melancólicamente puede sonreír; ella es la suprema conservadora del dolor intenso que lo hermoséa todo y que todo lo purifica; ella, en fin, es quien nos dá los grandes ejemplos de sacrificio humano.

El que así habla y piensa ha sido, no obstante, acusado de inmoralidad por la crítica oficial de Francia. « La frase de *El Dolor de Amar* — dice Le-drain — es armoniosa, rítmica, encantadora. Mas ¿á qué tanto arte para expresar las brutalidades místicas, las fiebres carnales, los besos de las alcobas en las cuales siempre hay un cristo y también una mujer enfermiza y viciosa? »

Jules Bois no se defiende contra tales ataques, porque está seguro de que los que no han visto en sus libros sino el lado escabroso, son los que están predestinados á no percibir más que lo secundario.

— En mi obra en general — dice — hay capítulos enteros consagrados al amor criminal, lo que no impide que el fondo de cada una de mis páginas sea casto y noble. Los literatos tienen, tal vez, derecho á no ser del todo puros; yo no; yo soy algo más que un literato; yo soy un moralista, un profesor de sentimiento, un... un...

— Un ¿Apóstol?

— Quizás...

* * *

Y después de un instante de reflexión :

— ... Sí; un apóstol; un apóstol del Espiritualismo, del Sentimiento, de la Fe, de la Piedad sensitiva. Yo he interrogado uno por uno á todos los que en Francia creen en algo raro, y de sus respuestas he hecho un libro de historia contemporánea (*Las Religiones de París*) que puede servir á los sedientos de novedad como un guía seguro para no caer entre las garras de los Paladistas... los Paladistas, ya usted lo sabe, son los adoradores de Lucifer, los fervientes de un catolicismo á la inversa, los maniqueos de nuestra época, los que adoran al diablo sin creer en Dios... Huysmans les considera como á poseídos que disponen de fuerzas infernales á las que deben necesariamente obedecer aunque no lo quieran. Los satanistas conocen á Dios y saben que Lucifer es el espíritu del mal; pero á pesar de todo adoran á Lucifer ¿Por qué? Á veces por necesidad, por obtener algo de él, como Fausto; otras veces por rencor contra el Muy Alto que no ha querido darles la dicha terrestre; otras veces, las más, por instinto enfer-

mizo, por deseo de sentir escalofríos nuevos, por amor perverso de lo Raro, por histerismo, en fin. En Europa las capillas satánicas están, sobre todo, pobladas de mujeres.

— ¿Pero, y cree usted verdaderamente, que las capillas son varias y que existen fuera de París?

— Estoy seguro de ello. En Roma, en Londres, en Berlín, en América misma, hay más de un santuario diabólico. Lo que el autor de *La Bas* cuenta en el prólogo de mi obra sobre *El Satanismo y la Magia*, es escrupulosamente exacto. Vintrás existió; el canónigo de Ocre también existió. Ni Huysmans ni Thierry, ni yo, hemos inventado nunca cosa alguna que se refiera á los modernos cultos diabólicos y á la magia contemporánea. La Misa Negra se celebra todas las semanas en el mundo entero, lo mismo que el « sabat. » ¿Sabe usted lo que es el sabat? Pues sencillamente una comida en la cual los postres están cubiertos de polvos de cántarida y á la cual concurren los sacerdotes sacrilegos y las mujeres desequilibradas; al fin de la comida... ya usted supone. En el fondo el saturnismo es menos terrible y menos complicado de lo que la gente se figura, y si no fuese porque algunos fanáticos del culto roban hostias consagradas en las iglesias, y porque de vez en cuando un creyente loco asesina á un niño para llenar de sangre fresca los cálices malditos, todo se

reduciría á escenas de bacanal y á ceremonias de francmasonería. Yo no soy sino el historiador de esas sectas; mi verdadera religión podría llamarse la religión del sufrimiento y de la piedad — sufrimiento del alma y piedad sentimental.

* * *

En Jules Bois, como en casi todos los artistas actuales de Francia, lo sentimental y lo psicológico no va nunca sin una gran parte de rareza. Entre sus novelas cortas hay una que podría llamarse la *Suprema Desilusión*, y en la cual el historiador austero del Satanismo nos ha indicado de modo gráfico lo que para los devotos de su religión es la Gran Piedad.

Un hombre, un parisiense, un piadoso moderno, se había propuesto no hacer conocer los goces del amor sino á una mujer muy fea, á una « sin esperanza », á la que más repugnante pareciese á los demás mortales. Así su sacrificio sería fecundo y haría florecer, en el fondo marchito de una alma condenada á la castidad, las flores maravillosas del Placer. Buscando á la fea pasó cinco años. Todas las feas le parecían hermosas comparadas con la que él deseaba.

Al fin, una noche, al salir de un baile, creyó hallar su ideal definitivo en una mujer cuyo rostro habría parecido espantoso al mismo Goya. Un mes después estaba casado con ella; estaba contento, estaba satisfecho; pero su placer duró poco, pues la « noche de novios », cuando los grandes velos blancos desaparecieron, el buen piadoso vió, espantado y desesperado, que el horrible rostro de su mujer reposaba en un cuerpo de diosa, en un cuerpo de líneas perfectas, en un cuerpo hecho para las caricias y para los besos...